

LAS TRAMAS OCULTAS DEL

18-0

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor. Todos los
derechos reservados.

© 2024, Carlos Tromben
Derechos exclusivos de edición:
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: junio de 2024

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

RPI: 2024-A-3664
ISBN: 978-956-408-562-3

Impreso en:

CARLOS TROMBEN

LAS TRAMAS OCULTAS DEL

18-0

Es uno de los momentos en que la vida echa por tierra los tratados, en que las reglas del juego pierden validez. Y darse cuenta de ello resulta un tanto humillante, pero también conforta de cierta manera. Es posible que un loco sienta así en el instante inicial, cuando la razón se separa del mundo del orden y de las leyes conocidas. Como si de pronto, cuanto ha estado en su sitio comenzara a tambalearse, sumido en una felicidad fiera y desenfrenada.

SÁNDOR MÁRAI, *La gaviota*

A veces la verdad tiene la estructura de la ficción.

JACQUES LACAN

CAPÍTULO UNO

Un día como cualquiera

La primera evasión tuvo lugar el lunes 7 de octubre de 2019, en la estación Universidad de Chile, cerca del edificio emblemático donde juran los abogados, médicos y economistas más prestigiosos de la nación. Eran las dos de la tarde y los pasajeros del metro vieron con perplejidad cómo decenas de estudiantes comenzaban a saltarse los torniquetes. Ningún medio encontró motivos para reportarlo.

El lunes 14 los diarios, canales de televisión abierta y cadenas de radio seguían otros temas como la reforma tributaria, las pensiones y la delincuencia. Para Megavisión también eran relevantes como noticia el aumento de los accidentes en *scooters* y la remoción del notario de Pichilemu; el alza de las tarifas eléctricas, por cierto, pero no las del metro; las protestas en Hong Kong, Ecuador y Cataluña, pero no las que ocurrían en Santiago.

El martes 15 tuvieron que modificar sus pautas. Las imágenes se habían viralizado. En ellas se podía apreciar la presión de cientos de escolares para derribar las puertas de hierro de la estación Santa Ana, para luego irrumpir en los pasillos y andenes con la consigna de “evadir”, que rápidamente comenzó a viralizarse transformada por cada sujeto en predicado particular: evadir la rutina, evadir el orden, evadir al jefe, evadir a la autoridad. En Diagonal Paraguay, en los muros de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile, algún rebelde embistió contra la ortografía y lo transformó en “hebade”.

La revuelta había llegado al *prime time*.

“A mí me cuesta entender que, cuando hay evidencia de un esfuerzo tan grande por mejorar el sistema de transporte público, se atente contra él”, declaró la ministra de Transportes Gloria Hutt. “Más aún en el caso de los escolares que no tienen un

argumento [...] En el último cambio de tarifa precisamente los escolares no tuvieron ninguna modificación”.

Tenía razón. Las palabras de la ministra no iban dirigidas tanto a los jóvenes como a los adultos que se sumaban sin pudor a las evasiones.

La tendencia de autoridades de distinto signo a tildar a los evasores de “delincuentes” contribuyó muy poco a bajar la tensión. La represión policial también fue un aporte inestimable para elevarla. No se podía esperar otra cosa, otra reacción de las instituciones ante algo que solo podía ser procesado como pulsión adolescente.

El jueves 17, cuando las evasiones ya eran titular en *La Tercera*, el columnista Rodrigo Guendelman se quejó por este mismo medio; no de los jóvenes que evadían, sino de los adultos que aplaudían.

Ese día los estudiantes pasaron del copamiento de las estaciones a derechamente vandalizar los torniquetes. Un profesor se sumó, fue detenido, permaneció meses en prisión preventiva y fue apodado “el profesor torniquete”.

Los guardias del metro habían sido sobrepasados y tuvo que intervenir Carabineros con su acostumbrada sutileza. Se anunciaron querellas y se insistió en tildar a los evasores de delincuentes, pero la protesta no daba tregua. Todo lo contrario, parecía alimentarse del revuelo que causaba.

Para el secretario general de la Presidencia Gonzalo Blumel aquel viernes 18 de octubre de 2019 comenzó como “cualquier otro día”. Un funcionario de ese nivel, colaborador directo del presidente de la República, estaba totalmente desconectado de lo que les sucedía a cientos de miles de ciudadanos de a pie en esos mismos instantes: “En la tarde teníamos planificado partir a Viña del Mar con Paulina a celebrar nuestros quince

años de matrimonio. La jornada estaba bastante cargada de cosas, pero en general pintaba bien”¹.

A Blumel lo esperaban un encuentro con el extenista y medallista olímpico Fernando González y una reunión de trabajo con funcionarios de distintos ministerios y reparticiones públicas para discutir acerca de “la democracia y sus instituciones”. Lo único que parecía desentonar en aquel viernes relajado del ministro eran las “noticias preocupantes de Ecuador”.

Sin embargo, a poco andar el día dejó de “pintar bien”. Blumel lo notó al ver a su equipo de prensa observando con estupefacción las imágenes que transmitía la televisión abierta.

Las evasiones y protestas se habían tornado violentas. Policías arrojaban bombas lacrimógenas al interior de las estaciones y los estudiantes ya no estaban solos. Cientos de pasajeros de todas las edades, trabajadores y empleados a quienes el Gobierno insistía en tildar de “delincuentes”, se habían sumado abiertamente a la protesta. Algunos incluso encaraban a los carabineros y defendían a los jóvenes de la violenta represión policial.

Se estaba produciendo una disonancia cognitiva de proporciones entre gobernantes y gobernados, entre las élites y la calle. Blumel aún no lo sabía, pero ya nada, ningún gesto ni decisión de la autoridad podría revertir el rumbo que tomarían los acontecimientos a partir de esa mañana. De hecho, todos y cada uno de los actores habían quedado sin el menor margen de maniobra, obligados a tomar decisiones que solo lograrían escalar la crisis.

¿Por qué la gente no defendía el metro de los vándalos? ¿Por qué nadie condenaba la violencia? ¿Cómo explicar los insultos a los carabineros que solo intentaban defender el orden público y el funcionamiento normal del comercio? Blumel no tenía herramientas para responder estas preguntas y en su libro *La vuelta larga* las deja en el aire.

1. Blumel, Gonzalo. *La vuelta larga*. Santiago: Ediciones uc, 2023, p. 133.

Tampoco registra como contradicciones entre fines y medios la estigmatización de la protesta (“solo son delincuentes”) ni la contraproducente violencia policial. Pero hay algunos detalles interesantes en su relato: alrededor de las dos de la tarde del viernes 18 su celular comenzó a vibrar. En la pantalla apareció el nombre del diputado Gabriel Boric.

“Gonzalo, lo que está pasando es serio”. Con un tono de voz que denotaba cierta angustia, Boric me hizo un pormenorizado análisis de lo que estaba ocurriendo en el metro. “En esto no está el Frente Amplio, ni siquiera somos capaces de dimensionarlo”, fue la sincera reflexión del exlíder de la FECH [...] Me hizo ver que había estado en miles de protestas en sus tiempos de dirigente estudiantil y que conocía perfectamente la dinámica de estas situaciones. Cómo operaban, cuáles eran sus ritmos y cuáles sus lógicas. Pero me dijo “Aquí hay algo nuevo, mucho más fuerte y violento”².

La sorpresa de Blumel al ver que un día “como cualquiera” se iba transformando en una protesta masiva y sin precedentes, contrasta con los datos recabados por los periodistas Víctor Herrero y Laura Landaeta.

En los primeros capítulos de su libro *La revuelta*, ambos sostienen la existencia de al menos dos informes que advirtieron acerca del polvorín en que se había transformado el país durante la segunda década del siglo XXI.

El primero fue preparado por asesores de los ministerios de Economía, Hacienda y Trabajo, a partir de monitoreos de las redes sociales, y presentado por la Secretaría de Comunicaciones. La agresividad y frustración que destilaban los usuarios de servicios públicos podían ser interpretadas como señales de una creciente desafección de la ciudadanía no solo con el Gobierno de turno, sino también con las instituciones democráticas y estatales en su conjunto.

2. *Ibid.*, p. 136.

En sus conclusiones, el informe atribuía una alta probabilidad de ocurrencia a una “explosión social” como las que se habían producido en otros países. Según las fuentes de Landaeta y Herrero, fue la ministra vocera de Gobierno Cecilia Pérez la encargada de quitarle piso al informe y evitar que llegara a manos de Piñera.

El segundo informe fue elaborado por la Agencia Nacional de Inteligencia (ANI) y estaba en poder de la ministra de Transportes Gloria Hutt el lunes 14 de octubre. En él se advertía sobre “acciones coordinadas” de los estudiantes del Instituto Nacional, el Liceo de Aplicación, el Liceo 1 Javiera Carrera y el Internado Nacional Barros Arana. Más aún, varias organizaciones sociales estaban llamando a sus adherentes a sumarse al movimiento de los secundarios.

Según Herrero y Landaeta en base a testimonios de colaboradores de la ministra Hutt, ella trató de alertar al segundo piso de La Moneda, pero Cristián Larroulet, jefe de los asesores presidenciales, desestimó el informe de la ANI.

Al parecer Gonzalo Blumel no recibió ninguno de los dos informes y creyó, de manera candorosa, que aquel viernes 18 de octubre sería “como cualquier otro”. Su jefe había declarado hacía pocos días al *Financial Times* que Chile era “un oasis de paz y tranquilidad” en medio de un continente convulso como era América Latina.

ENERGÍA EXTRAÑA

Más de mil carabineros fueron desplegados en distintos puntos de la capital y de la tensionada red de metro. Los manifestantes bajaban a las líneas y parecían estar pasándolo bien, escabulléndose de las Fuerzas Especiales como si fueran los toros de la corrida de San Fermín.

Frustrados y probablemente sin un entrenamiento adecuado, los efectivos no dosificaban la fuerza ni discriminaban entre